

IGNACIO, FABRO, JAVIER: ACOGER EL DON, IMPULSAR LA MISIÓN

Provincia de España de la Compañía de Jesús

Se acercaba la cuaresma de 1539. Ignacio y los primeros compañeros saben que al ponerse a disposición del Papa, cumpliendo así el voto de Montmartre, la previsible dispersión apostólica pondrá fin a “lo que Dios había hecho con ellos”. ¿Qué había hecho con ellos Dios y por qué no quieren que se deshaga?

A la fundación de la Compañía le pertenecen dos experiencias vivas que pasarán a formar parte del deseo más íntimo de los primeros compañeros, de su misión y modo de proceder: la experiencia de ser “amigos en el Señor” y la de ayudar a los prójimos viviendo y predicando “a la apostólica”.

La primera expresión pertenece a San Ignacio: “De París han llegado nueve amigos míos en el Señor”, le escribe a su amigo Juan de Verdolay desde Venecia en 1537. ¿A qué experiencia de amistad alude Ignacio? Se trata, sin duda, de una amistad humana, hecha de cercanía y apoyo mutuos, de preocupación y cuidado de unos por otros, de profunda comunicación espiritual... Se trata también de una amistad que enraíza todo su potencial humano en el Señor como en su Fuente. Es Él quien los ha llamado libre y personalmente. Él quien los ha juntado como grupo y quien desea enviarlos en misión. La experiencia de ser “amigos en el Señor” ha supuesto para ellos una verdadera amistad humana que tiene en el Señor sus raíces sagradas, a pesar de la disparidad de caracteres y la presencia de conflictos internos. Esa amistad es, en primer lugar, lo que no quieren que desaparezca, incluso si el Papa los dispersara.

La segunda, a la apostólica: expresa el horizonte apostólico y el modo de vida al que se sienten llamados como compañeros. No es difícil descubrir en ella el contenido de su deseo. Su centro afectivo es Cristo: ellos son la Compañía de Jesús. Su meta, la misma de Cristo: trabajar con Él en su viña. Su estilo de vida y modo de proceder: el de Jesús y sus discípulos.

I. Peregrinar a los orígenes.

1. Nosotros, la Compañía de Jesús actual, somos una comunidad de memoria. Una comunidad de memoria no se inventa a sí misma, sino que se recibe de un acontecimiento primero y original que ella quiere prolongar en el tiempo. Para lograrlo la comunidad de memoria narra su pasado y recuerda el ejemplo de aquellos hombres o mujeres que mejor encarnaron el sentido y la finalidad de dicha comunidad. Así es como “las comunidades de memoria que nos vinculan con el pasado, nos dirigen asimismo hacia el futuro como comunidades de esperanza”.

Tal es la razón de ser de estos jubileos que nos preparamos a celebrar. Ignacio, Fabro y Javier pertenecen a nuestro pasado, pero necesitamos volver a ellos, “traer su historia”, para orientar nuestra misión en el presente y de cara al futuro. Aquellos primeros compañeros, afirma el P. General, desarrollaron una creatividad tal en su respuesta al don recibido que sigue siendo un reto para nosotros. De ellos podemos aprender a hacer moderna y actual la misión que nos transmitieron.

Ahora bien, toda Gracia requiere nuestra disposición para recibirla y esperar una respuesta. Por ello, en esa fina y decisiva conexión entre oferta divina y acogida humana hemos de plantearnos la pregunta: ¿cómo tendremos que ser, qué tendremos que hacer los jesuitas de hoy para que la Compañía de Jesús, nacida de la libertad y el amor gratuitos de Dios, siga siendo un don al mundo y a la Iglesia?

Para obtener luz sobre esta pregunta crucial necesitamos peregrinar al origen de la Compañía, beber más en nuestras fuentes, ser configurados por ellas. ¿Qué encontraremos en ese origen?

Un grupo de hombres que, bajo la guía de Ignacio, ha sido alcanzado y alterado por el Señor; diez compañeros que desde esa experiencia de Dios miran al mundo para verlo con los ojos y el corazón de la Trinidad; una decisión compartida de “reducirse a un solo Cuerpo” para servir en la Iglesia sólo a Dios y su Reino bajo la bandera de la Cruz y a disposición del

romano Pontífice. ¿No estará ahí, en la re-creación de ese triple momento fundacional, el secreto de la fidelidad creadora a la que somos constantemente llamados?

2. Los jesuitas podemos diferenciarnos en muchas cosas, pero en nuestro patrimonio espiritual existen ciertas “palabras” que nos identifican en lo más profundo, “teclas” que nos hacen vibrar, “marcas de origen” que configuran los núcleos de nuestra identidad más querida y profunda. Podremos estar muy lejos de la meta a la que tales palabras apuntan, sentir que no sabemos encarnarlas en nosotros mismos ni transmitir las a otros, y sufrir por ello... Es poder de conmovernos por dentro y de con-vocarnos en torno a ellas sigue siendo, no obstante, real. Pronunciadas en contextos adecuados sentimos que activan en nosotros la gracia de nuestra vocación.

“Reaviva el don de Dios que hay en ti”, exhorta San Pablo a su compañero y discípulo Timoteo. Se trata de una invitación a re-animar la Gracia que Otro puso en nuestro corazón, no a producirla. Una Gracia que el paso del tiempo, las dificultades de la vida y nuestra propia desidia y pecado podrían haber recubierto de cenizas hasta su debilitamiento o su práctica extinción.

“Llegar hasta donde los primeros llegaron o más adelante en el Señor nuestro”, sólo lo lograremos así, soplando el don de Dios que hay en nosotros, no nuestras cenizas; Acercando nuestras situaciones personales, comunitarias y apostólicas al contacto con esas ascuas encendidas que nos fueron regaladas desde el comienzo.

¿De qué ascuas se trata? ¿Y que situaciones nuestras están necesitadas de su contagio y de su fuego?

II. Primo Deum

3. Un primer don del que procede la Compañía, y nosotros en ella, es el de la fe en Dios de nuestros primeros compañeros. Un Dios al que se dirigen como “nuestro Creador y Señor”: alguien real, presente, activo en el mundo; Dios que desea comunicarse libremente con las criaturas e innovar el mundo a través de ellas; Creador y Señor también de la Compañía de Jesús.

Se trata de una invocación que nos invita a colocar la realidad, toda ella, bajo la mirada y el hacer de Dios, y no bajo nuestros propios, y muchas veces recortados, cálculos. Fue así, apoyados en esa fe llena de confianza, y

en unas circunstancias tan complejas o más que las nuestras, como Ignacio, Fabro y Javier primero, y más tarde el resto de los compañeros, crearon el tejido humano, religioso y apostólico de la Compañía de Jesús que a nosotros se nos encarga encarnar y re-crear hoy.

Sólo una fe así nos libera de los miedos del presente y de la incertidumbre que bloquea cualquier iniciativa de cambio. ¿No es cierto que cuando nos planteamos con cierta inquietud el futuro de la Compañía, pensamos más en nosotros que en Dios? Y sin embargo, el futuro de la Compañía, como el de la Iglesia y el del mundo, no nos pertenece en absoluto, está en Sus manos. Lo nuestro es la confianza y la colaboración con Él, eso es todo.

La Compañía surgió de la nada y la gratuidad de ese origen hay que mantenerla. Todo es gracia. Ignacio sabe muy bien, con una sabiduría que no es sólo conceptual sino también cordial, que él no es el verdadero fundador de la Compañía de Jesús, sino que ésta surge de la libre voluntad y del amor de Dios al mundo y a la Iglesia. Por eso, desde el proemio de las Constituciones hasta su parte final, no cesará de repetirnos que el futuro de la Compañía depende de Dios al igual que dependió su nacimiento, y que, por tanto, “es preciso en él sólo poner la esperanza”.

4. *¿A qué situaciones nuevas nuestras podríamos acercar este don primero con el fin de que fueran alentadas por él?*

– Para empezar, podríamos acercarlo al lugar que ocupa Dios en nuestras vidas. Sorprende que tratándose de una orden apostólica cuya finalidad es ayudar a los prójimos, asegure la Fórmula de nuestro Instituto que la primera preocupación de todo jesuita ha de ser “tener siempre presente ante los ojos hasta que muera, a Dios”. ¿No deberían ocupar ese lugar primero los prójimos? Pues bien, San Ignacio no es partidario de ese atajo. Los prójimos son de Dios, no nuestros. Los pobres son “pobres de Cristo” antes que nuestros. Para que nuestro amor a ellos sea puro, transformador y duradero, ha de insertarse en el amor que Dios les tiene. La experiencia demuestra una y otra vez que ese pretendido atajo no es a favor de un mayor amor, sino frecuentemente menor y más ambiguo.

– Y para continuar, podríamos acercar la oración ignaciana a nuestro orar habitual. En muchos aspectos el carisma de Ignacio pertenece todavía al futuro, y éste de la experiencia de Dios y de la oración ignaciana es uno de ellos. Todavía no hemos comprendido a fondo su novedad. Asegurar, por ejemplo, que para San Ignacio la oración no es importante, que lo

verdaderamente importante es la acción y el servicio, es una trivialidad. Justificarlo aludiendo al conocido pero inexacto lema de “contemplativos en la acción” constituye un reduccionismo de lo que en verdad pensaba y sentía Ignacio.

El problema para Ignacio no está, como ha señalado el P. General, ni en la oración ni en la acción, sino en el corazón del hombre que ha de encontrar a Dios en todas las cosas, cuando ora y cuando trabaja para, en todas ellas, unirse a su actividad salvadora. Ignacio suponía al jesuita de su tiempo tan atraído y deseoso de encontrar a Dios en la oración, que se ve obligado a recordarle continuamente la novedad de la espiritualidad y de la Orden por él inauguradas: a Dios hay que encontrarlo, no sólo en el tiempo de oración, sino también en el servicio largo y, a veces, agotador de la ayuda a los prójimos. En todas las cosas, porque todas ellas son texto de Dios, lugar donde él mora y donde nos espera.

III. Compañeros.

5. La primera iniciativa de Dios con respecto a Ignacio, Javier y Fabro se manifestó haciendo confluir sus historias personales, agrupándolos entre sí y con los que más tarde se les irían juntando. La respuesta de todos ellos a esta iniciativa de Dios fue uniforme: “Que no debíamos deshacer la unión y congregación que Dios había hecho, antes confirmarla y establecerla, reduciéndonos a un cuerpo, teniendo cuidado unos de otros y manteniendo inteligencia para el mayor fruto de las almas”.

Lo que hace grandes a los primeros compañeros es el grupo: una mística de Cuerpo que es anterior a la constitución formal de la Compañía y pasa a formar parte esencial de la misma. Esa unión de corazones en torno a Cristo y a su misión, mediada por el amor y cuidado mutuos, por el discernimiento y el servicio a la autoridad, será para ellos referencia en la dispersión y fuente de energía apostólica. Lo que hará posible el milagro de que siendo todos ellos de orígenes, culturas y temperamentos tan diversos lleguen a formar un Cuerpo para el Sueño de Dios en el mundo.

¿Cómo se forjó esta unión primera?, ¿qué la cimentó y cómo se mantuvo en pie en circunstancias tan adversas?

Aquella mística grupal no surgió de la nada. Desde 1528, fecha en que Ignacio se encuentra por primera vez con Fabro y Javier en la Sorbona, hasta 1539-40 en que nace la Compañía, han pasado once años entretnejidos de una

intensa relación espiritual y humana entre los compañeros. Esos vínculos humanos, religiosos y apostólicos fraguaron en la experiencia común de los Ejercicios, pero también en el compañerismo, en la ayuda y el cuidado mutuos, en largas horas de conversación espiritual, en la alegría y el gozo de vivir juntos, en la práctica compartida de “ayudar a las ánimas”..., todo ello injertado en el Señor a quien sienten y confiesan como el verdadero Jefe y Cabeza, como su Rey y Señor, un Dios a quien servir.

6. Somos llamados a re-avivar hoy ese don tan precioso de los orígenes, la Gracia de ser compañeros llamados y convocados por el Señor.

Es importante que respondamos decididamente a esa llamada en un tiempo como el nuestro en el que la presión centrífuga del individualismo amenaza la unión y cohesión del Cuerpo de la Compañía. Sin esa unión y cohesión corremos el peligro de una fragmentación humanamente decepcionante y apostólicamente infecunda; de estilos de vida poco abnegados.

Un yo entregado es un yo que se pospone a sí mismo. Un yo vuelto hacia sí se llena de necesidades; experimenta la pobreza, la castidad y la obediencia como una carga, no como un don recibido y puesto al servicio del amor y la entrega a los demás; hace del propio reconocimiento una cuestión primordial; y como consecuencia de todo ello termina en una insatisfacción total

Los tres santos, cuyo jubileo celebramos, nos dicen que esa unión y cohesión son posibles. Necesitamos por tanto – y ojalá lo deseemos – convertirnos a esa Gracia del Cuerpo, vivida como fruto de la convocación de Dios y no de la casualidad o de nuestro propio deseo; cuidar y responsabilizarnos de ese Cuerpo en su triple e inseparable dimensión humana, religiosa y apostólica; discernir los impactos culturales y las pulsiones internas que tienden a la disgregación afectiva, ideológica y practica dentro de él y en su misión al mundo.

Ese don nos reta igualmente a que el centro de esa con-vocación lo ocupe el Señor de tal manera que podamos habitar con Él los “lugares de pregunta” donde el mundo se interroga si será posible o no su salvación y donde las comunidades se hacen vivas o perecen; a crear entre nosotros una mayor sintonía y complicidad en la búsqueda de cómo y dónde puede estar nuestro mayor servicio a Dios. ¿No crece acaso el convencimiento de que si algo puede debilitar hoy al cuerpo apostólico de la Compañía es la fragilización de los ideales compartidos, por un lado, y el escaso interés en la

trama interna de nuestras relaciones y necesidades espirituales y humanas, por otro?

No somos héroes, comentaba el P. General, sino pobres hombres necesitados del apoyo de nuestros compañeros. Y añadía: un jesuita que crea no necesitar de nadie para vivir no es ningún modelo de jesuita. ¿Por qué no devolver al Señor el poder de convocarnos en torno a Él, atraídos por su persona y su propuesta, como les sucedió a Ignacio, Francisco y Fabro? Dejemos que ese don de Dios a la Iglesia que es la Compañía de Jesús quemé las cenizas de nuestro escepticismo y nuestra desesperanza, de esa “herejía emocional” que tan sutilmente está penetrando en muchos corazones. Favorezcamos experiencias humanas y espirituales de compañerismo. Generemos vínculos e ideales compartidos. Hagamos real la experiencia de que ayudarnos mutuamente, para poder así ayudar mejor a otros, es fuente de consolación espiritual, de aliento y de alegría apostólica.

IV. “Esta Compañía, fundada principalmente para...”

7. La compañía de Jesús nace por una misión y para ella. La misión no está al final de proyecto grupal de los primeros compañeros, sino en su comienzo. Es su motor. Ella los reúne en grupo de “amigos en el Señor” y nos mueve a “vivir y predicar a la apostólica”. La formulación más antigua de esa misión es la de ayudar a las ánimas. “Ayudar, no imponer, a que Jesucristo y su evangelio sean recibidos como Buena Noticia por cada persona y a que se dejen configurar por Él”.

Misión es para Ignacio, en primer lugar: envío. Tal es el sentido que privilegia nuestro fundador por encima de cualquier otro significado. Un envío que radicalmente es del Señor, aunque su concreción histórica se realice a través del Papa y de los superiores de la Compañía. Un envío que no se realiza en solitario, sino como compañeros del Enviado. Él es el Dueño de la misión, no nosotros. En ella estamos, no como trabajadores autónomos, sino con Él y según su Espíritu. Nuestra máxima aspiración consistirá siempre en insertarnos en el trabajo de Dios como colaboradores de la misión de Cristo.

¿Dónde aprender a vernos y a vivir así? ¿Qué palabras y qué dones de nuestra herencia espiritual harían vibrar en nosotros el deseo de ser y de actuar de esta manera?

8. *Un largo informe sobre la vida religiosa actual vincula su futuro a la capacidad que tengan las diversas congregaciones de “dar respuesta a alguna de las necesidades humanas básicas, todavía no satisfechas” y a que esa respuesta se realice “desde un espíritu capaz de congregarse a sus miembros en un Cuerpo”. De esta segunda condición ya hemos hablado más arriba. Respecto a la primera, tendríamos que estar muy atentos al hecho de que esas necesidades humanas básicas y no satisfechas varían con el paso del tiempo y el cambio de las circunstancias. Ayer podían llamarse educación, salud, miseria... Hoy sus nombres pueden ser: sociedad del riesgo, ecología, sexismo, mujer, globalización, pobreza, asfixia del espíritu...*

Importa mucho tener en cuenta estas transformaciones de las necesidades humanas, tanto para pensar nuevas formas de presencia directa en ellas como para re-orientar las finalidades de nuestras presencias antiguas. Importa mucho, también, mantener la mente abierta al análisis de esos cambios porque en ellos nos llama Dios.

¿No eran aquellos compañeros mucho más libres, imaginativos y decididos que nosotros para intuir el paso de Dios en las mutaciones históricas y ponerse animosamente a su servicio? ¿Por qué no abrimos a la esperanza de que, si nos colocamos en su misma onda espiritual, descubriremos muchas rutas que no hemos transitado, muchas potencialidades carismáticas que aún no hemos activado?

¿Cuál fue, pues, “su secreto” para poder hacerlo nuestro, para poder heredarlo?

No nos equivoquemos. El secreto no radica ni en las dificultades exteriores de su misión por comparación con las nuestras, ni en las internas del Cuerpo, ni en las propias de cada uno de ellos. Estuvo más bien en la pregunta continuamente dirigida a Dios; tanto en la incertidumbre personal: “¿Dónde me queréis, Señor, llevar?”, como en las encrucijadas misioneras o grupales: “¿Reducirse a un solo Cuerpo?”; o en la decisión de entregarle al Señor la última palabra y la confianza total: “Siguiéndoos, mi Señor, yo no podré perderme”.

Porque Espíritu y Misión, Espíritu y Cuerpo apostólico, Espíritu y modo nuestro de proceder, son inseparables en nuestra tradición espiritual. Para asegurarnos de que lo que hacemos es voluntad de Dios y no meramente diseño nuestro, hay que darle lugar y tiempo al Espíritu. Esa cesión y atenta escucha grupal fue lo que mantuvo a nuestros primeros compañeros alejados,

por igual, de todo espiritualismo escapista y de todo análisis meramente secular. Ese espacio concedido al Espíritu fue igualmente el secreto de que no se encerrara cada uno de ellos en esquemas fijos de pensamiento y acción, lo que les habría impedido converger en un mismo sentir y misión: “Servir a Cristo, Señor y Salvador, continuando su obra en el mundo”.

9. ¿Cómo encuentran los jesuitas de hoy la imaginación y la creatividad apostólicas de nuestros primeros compañeros? ¿Qué situaciones nuestras nos convendría exponer a su mismo Espíritu?

Nuestro momento actual está atravesado de un cierto cansancio apostólico, la “fatiga de la compasión”; de un cierto descorazonamiento y de un no saber bien qué hacer. Nos parecemos a aquellos discípulos de Jesús que, después de bregar toda la noche, tienen que confesarle de mala gana que no han pescado nada. Tiempos de esperanzas bajas que hacen mella en nosotros hasta convertirse en una peligrosa tentación...

Nos encontramos también muchas veces como sin palabra ante muchas situaciones nuevas, totalmente inéditas, para las que no disponemos de solución. Una impresión de desfase cultural y de inoperancia de la fe y de la Compañía puede hacer nido en nuestro corazón. Más grave aun. Anunciar a Jesucristo y su evangelio en esta cultura puede parecer tan “políticamente incorrecto” que de hecho renunciamos a hablar de él expresamente...

Nada de lo que nos pasa, sin embargo, debería asustarnos; un exceso de dramatismo en este punto no ayuda en absoluto. El problema no está en lo que nos sucede, sino en preguntarnos ante el Señor y con Él qué hacer con lo que nos sucede; con lo que le sucede al mundo, con lo que le sucede a la Compañía, con lo que nos sucede a cada uno de nosotros. Tal es el secreto que hemos heredado de nuestros mayores

Porque Dios sigue presente en las fracturas de nuestro tiempo, un Dios trabajador y a pie de obra tal como lo vio San Ignacio en la contemplación para alcanzar amor. Un Dios Viviente que alienta muchos movimientos, visibles unos y subterráneos otros, en una historia que, gracias a su presencia, nunca está “ni caída ni definitivamente vencida”.

¿No estaremos llamados, a la vista de este hecho, a converger y “juntar espaldas” con todos aquellos que intentan la “mundialización de la solidaridad frente a la globalización de los intereses”? Del P. Arrupe y del espíritu de la CG 32 heredamos la definición del jesuita como hombre-para-los-demás. Del P. Kolvenbach y del espíritu de la CG 34, el añadido

de hombre-con-los-demás. La colaboración con los laicos en la misión de Cristo es, sin duda, una de las realidades más prometedoras del momento presente. Deberíamos prepararnos para ella, aceptándola como un nuevo don de Dios, más que verla con recelo, escepticismo o amenaza. Si la espiritualidad ignaciana ejerce actualmente un poderoso atractivo sobre muchos creyentes, ¿por qué no ayudar a que ese atractivo inicial se prolongue en un conocimiento y vigencia cada vez más profundos de esa espiritualidad y en formas diversas de mutua colaboración apostólica?

La imaginación “política” de Ignacio de Loyola, la pasión y urgencia por anunciar a Cristo de Francisco Javier, y el arte del acompañamiento y la cercanía de Pedro Fabro constituyen tres “potenciales del Reino de Dios” no suficientemente explorados por nosotros todavía.

V. “Para que más le ame y le siga”

10. Ignacio nos ha dejado un legado que en muchas ocasiones suena a paradójico. Funda una orden apostólica y nos dice que la primera preocupación del jesuita ha de ser Dios. Reconoce la importancia de los medios humanos para ayudar a los prójimos, y asegura que los que unen al instrumento con Dios son más importantes que aquellos. Confía en Dios como si todo dependiera de sí, y lo pone todo en juego como si todo dependiera de Dios. Experimenta en todo tiempo la familiaridad con Dios y practica una atenta mirada a cada cosa... ¿Cómo vivir semejantes paradojas hoy?

El secreto es Jesús: conocerlo interiormente para más amarlo y seguirlo, para ser puestos con Él. La petición de la segunda semana de Ejercicios no debería caérsenos de los labios ni del corazón. Tampoco la petición de Ignacio a la Virgen, “que lo quisiese poner con su Hijo”. La experiencia de La Storta fue central en la vida de Ignacio y está llamada a serlo igualmente en nosotros. Más importante que decir la primera misa antes o después, una vez ordenado presbítero; más que si el futuro de aquella naciente Compañía será Jerusalén o Roma; más importante y primordial que todo lo que pueda acontecer a la Orden es, para Ignacio, que el Padre le ponga con su Hijo. Ése es su deseo primordial, condición evangélica de todo lo demás. Después de La Storta puede pasar lo que sea: Ignacio lo vivirá ya todo desde su nueva condición de admitido en el ámbito trinitario del amor y la misión de Jesucristo “que lleva la Cruz”.

Porque el Cristo de Ignacio, y posteriormente el de Javier y Fabro, no es un Cristo culturalmente dado, producto del ambiente o de intereses previos. Es el Jesús de los Evangelios, pobre, humilde y humillado, en quien Ignacio reconoce a uno de la Trinidad con nosotros para “hacer redención del género humano”. Es el Rey universal que nos llama a unirnos con él y conquistar el mundo para su Padre. Es el sumo y eterno Capitán que nos convoca contra las fuerzas del Maligno. Es el que padece la muerte en cruz por mí y una vez resucitado ejerce con todos nosotros el “oficio de consolar”... Ése es el Cristo que fascina a Ignacio, Javier y Fabro. Al que aman y a quien se entregan con todo su corazón. Ante quien se preguntan, llevados de una admiración y agradecimiento sin límites: ¿qué debo hacer por Cristo?, ¿qué quieres que yo haga?

II. Para Ignacio es una convicción muy querida: antes de decidarnos a hacer algo por Cristo, y en el interior de la propia acción, hemos de preguntarnos quién es Él para nosotros. Si nuestra fe y nuestro amor se dirigen a Él y con Él se abren al mundo, o si, por el contrario, terminan en otros objetos distintos. También aquí, ¡y hasta qué punto!, necesitamos soplar ese don: hacer nuestro el Cristo de los Ejercicios que, en nuestro caso, se hace real y se concreta en las Constituciones.

Sin ese amor y pasión por el Cristo que nos abre al mundo, no hay jesuita posible. En Él comienza y termina nuestra vocación. No seguimos a una idea, un programa o una causa humanista sin más. Le seguimos a Él, que ciertamente tiene un programa y está empeñado en una causa de salvación universal. Amarle a Él lleva consigo inseparablemente amar a aquellos por quienes Él dio su vida: a toda la humanidad, pero de modo preferencial a las víctimas del des-amor. Lleva consigo también amar y cuidar de nuestros compañeros, con-vocados por la misma llamada que nosotros.

De Jesús aprendemos a recibirnos sólo de Dios y a entregarnos sólo a su reino. Él nos revela ese horizonte y lo propone a nuestra libertad, haciendo posible en nuestra vida aquella “familiaridad con Dios” en la que nuestro padre Ignacio fue creciendo toda su vida y que Nadal consideraba como una gracia ofrendada por el Señor a toda la Compañía.

¿Por qué no atrevemos a aceptar a Jesucristo como nuestro “Maestro interior”; a darle la razón en las grandes encrucijadas de nuestra vida; a transitar nuevas sendas guiados por su Espíritu? ¿No estamos llamados, acaso, a inspirar nuestro modo de ser y de proceder en el suyo, tal como quería San Ignacio y pedía el P. Arrupe?

VI. Salir del propio amor

12. La gracia de Dios es siempre gracia ofrecida, pero no siempre gracia aceptada por nosotros. Requiere, como decíamos, de la colaboración humana. San Ignacio era muy consciente de este dato, por eso insistió tanto en la necesidad de “disponerse” para recibirla.

¿Cómo? Lo sabemos. La clave ignaciana que hace posible la autocomunicación libre y gratuita de Dios a nosotros es ésta: salir del propio amor, querer e interés a través de la gratuidad, la abnegación, la humildad y la pobreza...

Salir del propio amor; querer e interés no es primariamente un programa ascético. Es más bien la condición de una promesa: que Dios, el mundo y nuestro propio yo se nos vuelvan transparentes. Sin salir no se ve bien, no se puede buscar ni encontrar, las cosas nos niegan su secreto. ¿Cómo podrían manifestarnos que fluyen del amor de Dios y que existen en Él si no rompemos ese circuito narcisista que nos mantiene vueltos hacia nosotros mismos? Con razón vio Ignacio, en esa salida de sí, el termómetro más auténtico de toda vida espiritual, la clave de toda existencia que quiera transparentar el ser y actuar de Dios en el mundo.

13. ¿Qué situaciones está llamada a alentar esta herencia espiritual nuestra?, nos preguntamos nuevamente.

Al “salir del propio amor, querer e interesse” de los Ejercicios lo llama Ignacio en las Constituciones abnegación y continua mortificación en todas cosas posibles. Este lenguaje suena duro. Tal vez haya que sustituirlo por otro, pero aquello a lo que apunta no puede ser sustituido. Se trata de que el centro de la escena, la interior y la externa, lo ocupe no el yo con sus viejas pulsiones de codicia, vano honor y soberbia, sino Dios. Se trata de que, desde ese lugar de adoración y de encuentro, nuestro yo se abra a los intereses de Dios, el Reino. Se trata, en definitiva, de que Dios y su Sueño sobre el mundo se conviertan en el nuevo objeto de nuestro deseo, en el “tesoro encontrado” por cuya posesión se vende alegremente todo lo demás.

Ignacio fue muy clarividente en este punto y así lo enseñó a los primeros compañeros y nos lo dejó dicho en las Constituciones: Jesuitas no abnegados hacen difícil aquella unión sin la cual no hay Cuerpo, y si son “turba” la vuelven del todo imposible.

La pregunta dirigida a Dios en el discernimiento apostólico: “¿cómo estás, Señor, en este problema concreto que nos reúne y qué quieres de nosotros?”, sólo es posible entre jesuitas que se han despojado previamente de sus pre-juicios para poder oír los gritos y susurros de Dios en la realidad; la amistad entre compañeros supone situar al otro en el centro de nuestra atención y amor, rebajando cuanto sea posible esa “hiperinversión de preocupaciones en las cuestiones del yo” tan característica de nuestro momento actual.

Predicar en pobreza, humildad y gratuidad como querían nuestros primeros compañeros, se nos ha convertido en una aspiración difícil de plasmar tanto individual como corporativamente. No siempre por falta de deseo, es cierto, pero tampoco porque lo hayamos intentado a fondo y con todas las consecuencias. Si es cierto que “aunque la obediencia nos envía, es la pobreza la que nos hace creíbles”, es ésta una herida que deberíamos mantener siempre abierta sin tratar de cerrarla en falso. Aun contando con su eterna complejidad, es mucho lo que nos queda por avanzar en este terreno...

VII. En todas las cosas

14. Lo que hizo Dios con Ignacio en Manresa supuso un vuelco tal en su vida que lo transformó de eremita en apóstol. Aquellas cinco gracias de las que habla el Peregrino en la Autobiografía, especialmente la ilustración del Cardoner y el entendimiento de cómo Dios había creado el mundo, están en la base de ese cambio tan radical. Si el mundo fluye del amor de Dios y, por tanto, no es sólo cosa sino don, si Dios está en la realidad “dándola y dándose en ella, habitándola, trabajándola, descendiendo a ella”, entonces todo es sacramento de Dios, lugar de adoración, encuentro y servicio, “medio divino”. Ya no será posible para Ignacio amar y servir a su Señor sin amar y servir a su mundo. Ésa será su gran pasión: buscar y halar a Dios en todas las cosas, articular su libertad en el proyecto de Dios, ser instrumento en sus manos.

He ahí otra de esas palabras fundantes en las que todos los jesuitas podemos encontrarnos, otra de las claves que pueden con-movernos y hacernos vibrar: “Es preciso buscar y hallar a Dios en todas las cosas... a Él en todas amando y a todas en Él conforme a su santísima y divina voluntad”. Ser contemplativos en la acción y activos en la contemplación, de tal modo que cuando nos encontramos con las “cosas” descubramos a

Dios en ellas, y cuando nos encontramos con Dios las veamos y amemos a todas ellas en Él.

Y con todo... Es posible que por razones comprensibles, aunque no evangélicas ni ignacianas, la evolución sociocultural de nuestra sociedad haya impregnado nuestra mirada de una sospecha sistemática sobre el mundo, de un cierto acorralamiento y repliegue frente a él. Es posible que le miremos como desde fuera, con una cierta desesperanza sobre su futuro... es posible que esa misma evolución nos haya dejado des-adaptados y sin palabra ante las nuevas situaciones, en un cierto paro interno que genera frecuentemente rechazos pulsionales, frustración y agresividad... Es posible que, sin ser del todo conscientes del daño que nos produce, estemos aumentando la consiguiente desolación espiritual en vez de "mudarnos intensamente contra ella"...

15. *¿Qué sucedería, por el contrario, si acercáramos a tales situaciones ese don primigenio con el que el Señor quiso bendecir a la Compañía: "buscar y hallar a Dios en todas las cosas"? Tal vez cosas tan deseables y preciosas como éstas:*

– Insertados en el hacer de Dios, recobraríamos la paz, la confianza, el abandono cristiano. Sentiríamos internamente que, porque Dios tocó al mundo en la creación y sobre todo en Jesucristo, ya nunca lo dejará de su mano, aunque muchas veces no esté a nuestro alcance saber cómo; y nos alegraríamos por ello. Nos volveríamos más asertivos y menos jueces del mundo; más profetas de la vida y menos de calamidades; más obedientes a Dios y más gustosos también de hablar de Él y de su promesa a nuestros hermanos y hermanas...

– Siguiendo los pasos de Jesús nos expondríamos solidariamente al sufrimiento de la gente: "Dejar hablar al dolor es la condición de toda verdad". Estaríamos disponibles para todos, pero con la mirada puesta siempre en los pobres, exigencia de toda salvación que pretenda ser universal...

– En nuestra toma de decisiones, personales o comunitarias, daríamos mucho más lugar a Dios a través del discernimiento espiritual, personal o en común; conscientes de la complejidad del mundo presente, por una parte, y de nuestra propensión a los autoengaños, por otra...

– No nos dejaríamos deprimir fácilmente por los fenómenos de disminución a los que asistimos, porque los viviríamos con Él, atentos siempre

a su acción de timón de profundidad, podadera y savia con la que corrige nuestros rumbos equivocados...

– Alentados fácilmente por el espíritu de los Ejercicios y de las Constituciones trataríamos de encontrar y de unirnos activamente con Dios, no sólo donde es previsible que esté, sino también donde su presencia no es esperable o resulta incluso escandalosa: en la cruz que acompaña nuestras vidas o se cierne amenazante sobre la vida de los demás. Llegaríamos incluso a entender que para encontrar a Dios “en todas las cosas”, sin confundirlo con un ídolo de nuestro deseo, es preciso encontrarlo también ahí donde más difícil se nos hace aceptar que esté.

VIII. La conversación espiritual

16. “Conversar” es una de las herramientas apostólicas más utilizadas y más apreciadas por San Ignacio desde su convalecencia en Loyola hasta su muerte: “El tiempo que con los de casa conversaba todo lo gastaba en cosas de Dios, con lo cual hacía provecho a sus ánimas”. Cercano ya al final de su vida, Ignacio recordará cómo nació en él el gusto por la conversación espiritual al experimentar los frutos que producía.

De Fabro sabemos, a través de su Memorial, que fue su alumno más aventajado en este arte de la conversación espiritual. Todos cuantos trataron con él le recordarán por este don y por los frutos que producía. En cuanto a Francisco Javier, sus cartas – otro modo de intercambio espiritual – testimonian una práctica y un aprecio similares.

La conversación espiritual es un intercambio de espíritus. Es el acto de compartir lo que el Espíritu Santo susurra en nosotros; los deseos que pone en nuestro corazón, el recuerdo de Jesús y la imaginación apostólica que inspira en nosotros, las consolaciones que nos regala. La conversación espiritual comparte también la debilidad que nos envuelve, la tentación que nos asalta... Una conversación así requiere un tipo de comunicación y escucha peculiares al que no estamos muy acostumbrados y en cuya práctica necesitamos crecer. Sin esa comunicación y escucha, la conversación espiritual se hace inviable.

17. ¿Por qué sería importante alentar en nuestra vida de jesuitas la conversación espiritual?

La fe ha perdido los apoyos sociales de que gozaba en un pasado todavía no muy lejano. Nuestra identidad creyente, y mucho más la religiosa, se convierte por ello en una identidad “culturalmente frágil”. Su plausibilidad se apoya en la experiencia personal e interna y en el soporte de quienes piensan, sienten y oran de igual manera, cada vez menos en elementos exteriores. En tal circunstancia la afirmación de que “la fe de mis hermanos confirma mi propia fe” es un hecho incontestable; también, probablemente, una necesidad. Narrarnos unos a otros la fe en el sentido antes indicado, conversar espiritualmente unos con otros, se convierte en condición de vitalidad interna y de proyección apostólica; de terapia del Espíritu contra la sensación de soledad e in-significancia que puede invadirnos.

Vivimos, por otra parte, en un momento histórico en el que, incluso con el Evangelio en la mano y sobre todo en el corazón, no es nada fácil saber qué hacer y cómo hacerlo. Por eso, hoy más que nunca, comunidad para la misión equivale a comunidad para el discernimiento apostólico. Pues bien, lo que sustenta ese discernimiento es justamente la conversación espiritual, junto a otros medios que le son también propios como la oración, el análisis, la consulta...

¿No tendríamos entonces que dar más espacio a este tipo de comunicación mutua? ¿No podríamos recuperar así la importancia que tuvo para Ignacio, Javier y Fabro en cuanto fuente de amistad y de unión, ámbito de significados compartidos y de búsquedas apostólicas?

IX. Propuestas

18. La memoria de los primeros compañeros, a la cual repetidas veces nos invita Ignacio en la Fórmula del Instituto y en las Constituciones, nos llama hoy día a hacer fructificar la misma gracia de la vocación que con ellos compartimos. Para responder a este ideal y llegar hasta donde ellos llegaron, “o más adelante en el Señor nuestro”, aunque el don del Espíritu es lo que nos debe guiar y mover, podemos también aprender en la escuela de los primeros compañeros los medios que ellos emplearon. ¿Cómo fue, pues, el proceso seguido por aquellos compañeros para formar aquella original unión de “amigos en el Señor”?

Fijémonos en Ignacio. Primero pasó por una transformación personal mediante lecturas espirituales, oración y penitencia, pobreza y contacto con los pobres y enfermos, combate interior y discernimiento en medio de

tentaciones y perplejidades. Finalmente, enseñado por el Señor, “de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño”, recibió “una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas” y no pensaba ya más que en ayudar al prójimo. Aquí empezó su larga peregrinación.

Fijémonos ahora en Fabro y Javier. En París se unieron a Ignacio, conquistados mediante los Ejercicios Espirituales practicados con extrema fidelidad. Ellos y los demás que se fueron añadiendo al pequeño grupo progresaron en la vida de fe con la oración y la penitencia, con el apostolado y la entrega a los estudios, con un estilo de vida pobre y solidaria, ayudándose en lo espiritual y en lo material y con frecuentes encuentros de amistad, de oración y de discernimiento. Más adelante, en Italia, experimentaron juntos la pobreza extrema y la solidaridad, y se dedicaron al apostolado sobre todo con gente sencilla...

Así, desde la experiencia individual de Ignacio y luego la de los compañeros, se fue gestando la vida de la Compañía naciente. Más aún: esta manera de proceder de Ignacio y los primeros compañeros se convirtió en parte de la mistagogía de los Ejercicios Espirituales y del camino de formación de los jesuitas.

Porque los Ejercicios, mediante un conjunto variado y ordenado de “espirituales operaciones”, ofrecen una mistagogía integradora de lo interior y lo corporal, de la experiencia íntima y del diálogo espiritual, de una atención a lo personal y del abandono confiado en Dios. Y la formación propia de la Compañía, tal como puede verse en el Examen y en las Constituciones, abarca oración, experiencia honda de Dios, sencillez de vida, pobreza, contacto con los pobres y enfermos, confianza y abandono en Dios, y práctica de apostolado con personas sencillas. Lo que los primeros compañeros realizaron para avanzar en el camino del Señor y que creyeron que podría aprovechar a los seguidores de su camino, se ha estructurado en nuestros documentos fundamentales.

19. Inspirándonos en ellos, nosotros podemos idear hoy medios que nos ayuden para hacer más eficaces nuestros deseos de continuar lo que comenzaron. Indicamos a continuación algunos de estos medios, con la intención de que sugieran otros que se adapten, lo mejor posible, a las variadas circunstancias en que se desenvuelve nuestra vida de jesuitas.

a) Insistamos en nuestra experiencia personal de Dios. Para ello,

- *Hagamos reflexión y oración personal. Tomemos las distintas partes de este documento para la reflexión, oración y revisión personal. Tratemos de situarlo en la circunstancia concreta de cada uno y de cada ministerio.*
- *Atendamos a nuestros Ejercicios Espirituales. Ignacio formó y unió como compañeros a Fabro y Javier mediante los Ejercicios Espirituales. Programemos con tiempo, de modo particular, esta práctica anual. Quizá hacerlos con acompañamiento individualizado y según todo el método o mistagogía ignaciana.*
- *Acudamos a la lectura espiritual. Sería la ocasión de leer durante el año alguna vida o estudio sobre los santos del Jubileo, al estilo como Iñigo de Loyola permitía que le interpelara la lectura. Sugerencias: X. Léon-Dufour, *San Francisco Javier. Itinerario místico del apóstol* (Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, 1998); Antonio Alburquerque, *En el corazón de la Reforma. “Recuerdos espirituales” del Beato Pedro Fabro* (Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, 2000); id., *Diego Laínez, primer biógrafo de San Ignacio* (Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, 2005); J.W. O’Malley, *Los primeros jesuitas* (Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, 1998); Javier Osuna, *Amigos en el Señor, unidos para la dispersión* (Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, 1998); Ignasi Salvat, *Servir en misión universal* (Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, 2002), etc.¹*

b) Demos impulso a nuestra comunidad apostólica. Con ese objeto,

- *Cuidemos nuestras reuniones comunitarias. Podríamos dedicar alguna reunión a compartir los distintos “impactos” que produce en cada uno este documento o la parte que se determine. Hablemos más desde*

¹ En la Provincia de Venezuela son varios los textos que se han publicado sobre los tres santos y que han sido escritos por jesuitas de la Provincia:

- Pedro Galdos Zuazua s.j., *San Francisco Javier. El hombre es del tamaño de sus sueños. Patrocinado por los Antiguos Alumnos del Colegio San Ignacio. Caracas, noviembre 2005.*
- Pedro Galdos Zuazua s.j., *Vida de San Ignacio de Loyola. Los jesuitas en América Caracas, 1995.*
- Roberto Martialay s.j., *Iñigo de Loyola. A 500 años de su nacimiento. Ediciones Mensajero, Bilbao 1990.*
- Luis de Diego s.j., *La opción sacerdotal de Ignacio de Loyola y sus compañeros (1515-1540): estudio histórico e interpretación teológico-espiritual. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1975.*
- Carlos Guillermo Plaza s.j., *Contemplando en todo a Dios. Estudio ascético-psicológico sobre el Memorial del Beato Pedro Fabro, S.I., primer compañero de San Ignacio de Loyola. Ediciones FAX, Madrid 1944.*

el “sentir” personal y practiquemos la escucha, para llegar más así al diálogo que al debate...

- *Involucremos a los Sectores apostólicos y a la Provincia. Sería provechoso idear algún encuentro de retiro. O bien algún encuentro en el que se combinen acertadamente tiempos de oración, de compartir, de liturgia y de celebración, para que sean un “evento” y no sólo una práctica piadosa.*

c) Recuperemos la relación con los pobres y la exposición a la pobreza.

Volvamos a las “experiencias” ignacianas. A partir de las prácticas que ayudaron a los primeros compañeros y que se proponen en las Constituciones, podríamos imaginar alguna que me ayude a transformar mis comportamientos y actitudes, y no sólo alimentar la pura información o los conocimientos. Por ejemplo: en el campo de la marginación, en ministerios con gente sencilla o pobre, supliendo, tal vez, a algún compañero en verano, en alguna enfermería de la Provincia propia o de otra, compartiendo la vida de personas en ambiente de pobreza, etc.

20. “Que Dios sea real y existencialmente el primero en ser servido en todas nuestras formas de vivir nuestra vocación; que siguiendo a su Señor, la Compañía siga consciente de la urgencia de su misión; y que, aferrados por el Espíritu, vivamos personalmente el oficio de consolador que el Resucitado viene a ejercer...”

Así resume el P. General los desafíos que nos llegan hoy de San Ignacio, San Francisco Javier y el Beato Pedro Fabro. A nosotros nos toca acoger el don e intentar que fructifique.

Volvamos a las “experiencias” ignacianas. A partir de las prácticas que ayudaron a los primeros compañeros y que se proponen en las Constituciones, podría imaginar alguna que me ayude a transformar mis comportamientos y actitudes, y no sólo alimentar la pura información o los conocimientos. Por ejemplo: en el campo de la marginación, en ministerios con gente sencilla o pobre, supliendo tal vez a algún compañero en verano, en alguna enfermería de la Provincia propia o de otra, compartiendo la vida de personas en ambiente de pobreza, etc.

20. “Que Dios sea real y existencialmente el primero en ser servido en todas nuestras formas de vivir nuestra vocación; que siguiendo a su Señor, la Compañía siga consciente de la urgencia de su misión; y que, aferrados por el Espíritu, vivamos personalmente el oficio de consolador que el Resucitado viene a ejercer...”

